

EL DEFENSOR DEL OBRERO

De actualidad

LOS EXCESOS DE LA INDUMENTARIA FEMENINA

Ha circulado profusamente por la ciudad condal la hoja que transcribimos a continuación:

REGLAS QUE DEBEN OBSERVAR LAS SEÑORAS, SEÑORITAS Y NIÑAS EN LA MANERA DE VESTIR

1.ª Están prohibidos los escotes exagerados.

2.ª Las faldas han de cubrir las piernas, y, en las niñas, al menos las rodillas.

3.ª El vestido ha de cubrir los brazos total o casi totalmente.

Pecan cuantas no se sujetan a estas reglas.

(Las niñas muy pequeñas no peoran; peoran sí sus padres.)

Nota—Tampoco es lícito velear con telas clarísimas transparentes las partes del cuerpo que deben cubrirse según las precedentes reglas.

I

¿UALES SON LOS VESTIDOS ESCANDALOSOS?

El Cardenal Cavallari, Patriarca de Venecia, dice:

Son vestidos deshonestos y escandalosos los que dejan al descubierto los brazos o la parte superior del busto (espaldas, pecho), aunque estén adornados con puntas o veles demasiado transparentes.

Son vestidos escandalosos y deshonestos los trajes tan ceñidos, que dibujan las formas del cuerpo.

También deben contarse entre los vestidos deshonestos los trajes demasiado cortos.

Este modo de vestir es condenado por Dios Nuestro Señor y por la Santísima Virgen; por los Santos Padres de la Iglesia, por los Papas, por los Prelados y por la sana y recta razón conforme se ha de ver en los párrafos siguientes.

II

PALABRAS TERRIBLES DE JESU CRISTO

Jesucristo, Nuestro Señor, habló con mucha severidad contra el pecado del escándalo y dijo:

«¡Ay del escandaloso! ¡Mejor le fuera que se ahogasen del cubillo una pecadora y así fuera sumergida en el profundo del mar!» (Lucas, XVIII.)

¿Qué será escandalizar? ¿Quién es el escandaloso?

Escandalizar es dar a otros ocasión o motivo de culpa espiritual.

Aquel, pues, que con sus actos, palabras o manera de obrar ocasiona a otros ruina espiritual, pérdida de la modestia cristiana, sentimientos o pensamientos contrarios a la pureza y castidad, es un escandaloso.

En este caso se encuentra toda mujer que lleva trajes inmodestos, demasiado cortos, etc., como también en este caso quedan incluidos los padres y madres que obligan o permiten a las niñas a vestir a este tenor, perdiendo ya desde su infancia los sentimientos de pudor y honestidad; por esto los moralistas tratan esta materia al hablar del pecado de escándalo.

También, pues, todos los causantes de tanto daño.

¡No escaparán de la indignación divina!

III

¿QUE PIENSA DE ESAS MODAS LA MADRE DE DIOS?

En la ciudad de Chipre dominaba en la Edad Media entre las mujeres la moda escandalosa del vestir.

La Madre de Dios, refiriéndose a este abuso, hizo la siguiente revelación a Santa Brígida:

«Esta ciudad es como Gomorra, porque está ardiendo con el fuego de la lujuria.

Si no se enmienda en sus vestidos provocativos, caerán sus edificios, quedará arruinada y su ruina servirá de escarnimento a las naciones.»

Aquellas mujeres, sordas a la voz de la Santísima Virgen, no se enmendaron; y los turcos tomaron la ciudad, la incendiaron, y robando más de 2.000 doncellas, las condenaron a morir abrasadas a la vista de la ciudad.

¡Formidable justicia de Dios!

El Santo Cristo de Limpias

UN RELIGIOSO

HOLANDES VIDENTE

Entre los muchos extranjeros que han visitado el Santuario de Limpias son bastantes los que han sido videntes. Uno de ellos

es el reverendo doctor fray M. Gregorio Verhagen, cisterciense holandés.

He aquí como relata su visión del prodigio:

«La primera vez que vi la imagen, la ví misteriosamente aumentada, aunque entonces no podía comparar, sino después con el tamaño natural que representaba en los intervalos en que no veía nada extraordinario.

Durante la misa dictada y en la plática que aquel día hizo un reverendo Padre Misionero Hijo del Corazón de María, me pareció exagerada la comparación oratoria que hacía el predicador entre el Calvario y el altar de Limpias: «Allí había blasfemos en el Calvario y aquí hay ingrédulos que lo atribuyen a visiones de beatas... allí se oían los martillazos, pero aquí se ven mover los músculos; derramarse la sangre y el sudor de la agonía...» Todo esto lo desaprobaba en mí interior como exageraciones y pábulo de ilusiones entre el vulgo cristiano.

Pero al empezar los cantores el Credo, noté que el Santísimo Cristo movía los labios tan claramente como si articulara las mismas palabras que se iban cantando en el coro. Impresionado estaba de lo que veía y reflexionaba en mi alma cuando sorprendidos los circustantes de mi turbación en el semblante, me preguntó una persona: ¿qué le pasa?, y sólo pude exclamar: «mira», a lo cual respondió el que preguntaba, después de mirar: «mueve la boca»; exclamación que me infundió certeza de lo que veía y antes no me atrevía a asegurar. Y así durante todo el Credo.

Después del Credo no ví nada hasta pasada la Consagración. Volvió la imagen a su tamaño natural, pero empezó a amoverse todo el cuerpo y encogerse y oprimirse en osbeza como si se ahogara de esfuerzo y de dolor, cuando al empezar el canto del «Benedictus», que fué bastante largo, noté que el Cristo se sonreía como de complacencia divina.

Por la tarde, en el ejercicio del Vía Crucis, al pasar por la grada del altar y entrar fijamente la imagen, ví al género de duda que sin mover el Cristo la cabeza bajaba su vidente la vista complacido durante unos segundos, en

los cuales sentí dulzura indescriptible y una mayor confianza que aún siento en salvarme. — Fr. M. Gregorio Verhagen.»

DE TIEMPOS ATRÁS

En el pecado la penitencia

I

El cólera había por aquellos días estragos en Madrid; los casos de tan terrible epidemia, muchos de ellos fulminantes, ponían espanto en los corazones más animosos.

Junto a la fuenteollita de la calle de Toledo, un numeroso grupo de hombres, mujeres y obsequillos, comentaban la mortalidad del día.

—Dicen exclamaba uno—que la causa de esta enfermedad está en un aire de pestilencia que viene de tierra de moros.

—No;—decía otro—la causa de esta peste se encuentra en el agua envenenada por las aves de rapiña.

—¿A ti qué te parece, Ramón? El interpelado, que no era otro que el zapatero que había vendido su conciencia a don Luis por un plato de... lentejas y otro de... esperanzas, dijo en tono misterioso:

—Aves de rapiña y aguas envenenadas hay en el asunto; pero no se trata de los pajarracos que devoran a los muertos, sino de los que se comen a los vivos. Los pajarracos a que me refiero son los frailes, y el veneno, el que echan en las fuentes para que los liberales reventemos como perros.

—¿Estás seguro?

—Casi, casi Ayer, sin ir más lejos, estaba parado en aquella esquina, y ví a uno de los legos del convento de San Francisco acercarse a esta misma fuente con el pretexto de beber; pero en realidad para echar en las cubas algo que llevaba envuelto en un papel.

—¿Y no lo acogotaste?

—No tuve tiempo, pues cuando quise echarle mano, ya había tomado coleta. Pero ¡oh! ahí viene. Hacedos los distraídos, porque de otro modo podríais espantar la oza.

Y, efectivamente, a la fuente se acercaba un lego franciscano